

*Conflictos, controversias y
disyuntivas*

editores **RODRIGO ARAYA
FLORENCIO CEBALLOS**

autores **NICOLÁS M. SOMMA
RODRIGO MÁRQUEZ
MANUEL TIRONI
JUAN FLORES**

epílogo **EUGENIO TIRONI**

e d i c
i o n e
s **A B I**
E R T A

ISBN 978-956-387-000-8

Rosario Norte 532,
Piso 4, Oficina 401,
Las Condes, Santiago.

Conflictos, controversias y disyuntivas

Primera edición, marzo 2017

1000 ejemplares

Producción editorial: TIRONI Asociados (TA)

Edición: Matías Rivas

Corrección de textos: Fiorella Oneto (TA)

Diseño: Juan Fernando Mercerón (TA)

Ilustración de la cubierta: Rodrigo Martínez (TA)

Impresión: Salesianos Impresores, Santiago de Chile

Publicación divulgativa, los textos e imágenes pertenecen a sus respectivos autores, se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra con la condición de reconocer debidamente su autoría, no utilizar para fines comerciales, ni generar obras derivadas.

Para mayor información escribir a: contacto@tironiasociados.com

www.tironiasociados.com



International Development Research Centre

Centre de recherches pour le développement international

**PROTESTAS *y* CONFLICTOS
EN EL CHILE CONTEMPORÁNEO:
QUINCE TESIS
PARA LA DISCUSIÓN
NICOLÁS M. SOMMA**

NICOLÁS M. SOMMA

Ph.D. en Sociología, Universidad de Notre Dame, Estados Unidos. Master of Arts en Sociología, Universidad de Notre Dame, Estados Unidos. Magíster en Sociología, Universidad de la República Oriental del Uruguay. Profesor del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Este artículo plantea quince tesis sobre las protestas colectivas y el conflicto en el Chile contemporáneo, con énfasis en los últimos cinco años. El tema es importante debido a los altos e inesperados niveles de movilización social de dicho período y a su impacto en la clase política. Abordo varias preguntas relacionadas: ¿Qué características tiene la protesta colectiva en Chile hoy en día? ¿Por qué aumentó en los últimos años? ¿Cómo se forma el descontento que la nutre? ¿Por qué tanta protesta no generó cambios electorales sustanciales? ¿Y qué obstáculos existen para la generación de un movimiento social transversal con impactos electorales profundos?

El artículo se estructura en torno a varias tesis, que son presentadas sintéticamente y posteriormente desarrolladas. Privilegio la discusión de un gran número de temas y tendencias más que el análisis en profundidad: cada una de estas tesis podría expandirse en un artículo en sí mismo. Más que desarrollar un argumento coherente se presenta una (un tanto rapsódica) sucesión de ideas, aunque siempre en el marco general de las relaciones entre conflicto, protesta, política institucional y corrientes de opinión pública. Combino datos de encuestas, material de prensa, investigación secundaria y razonamiento teórico (a menudo basándome en mis propias investigaciones).

Tesis 1

LA PROTESTA COLECTIVA AUMENTÓ EN CHILE EN LA ÚLTIMA DÉCADA

Entre los analistas existe bastante consenso en que hubo un aumento de la protesta colectiva en Chile en los últimos años, en particular desde las movilizaciones estudiantiles de 2011 (ver por ejemplo PNUD 2015). Aunque las protestas de ese año fueron masivas, lo primero que corresponde es constatar que el incremento viene desde más atrás, como ilustran las figuras 1 y 2.¹ Tanto el número de protestas (figura 1) como el número estimado de personas que participan en ellas (figura 2) aumentaron sistemáticamente desde aproximadamente mediados

n 1

Las figuras 1 y 2 provienen de una base de datos de eventos de protesta generada en el marco del proyecto FONDECYT Iniciación a la Investigación 11121147. Los detalles metodológicos están disponibles bajo consulta.

de los años 2000. Y ello ocurre tanto para una gran variedad de demandas consideradas individualmente como para el conjunto de las mismas.

FIGURA 1 Evolución del número de eventos de protesta en Chile, 2000-2012

Fuente: Somma y Medel 2015

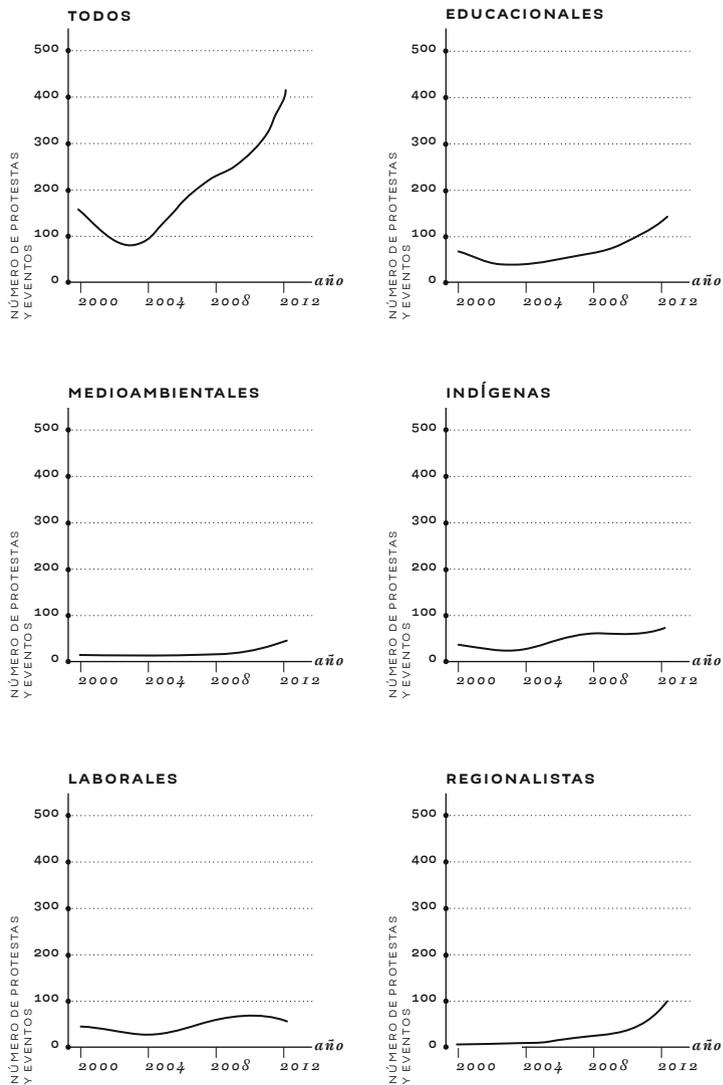
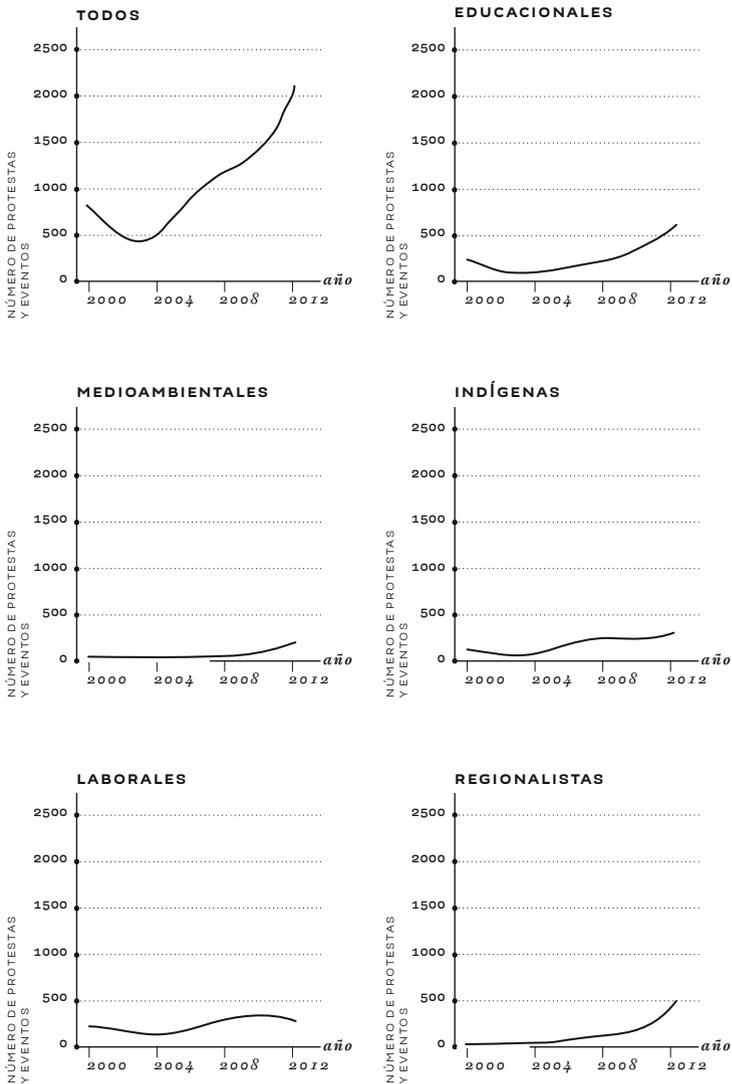


FIGURA 2 Evolución del número estimado de asistentes a eventos de protesta en Chile, 2000-2012

Fuente: Somma y Medel 2015



Tesis 2

LA PROTESTA ES UNA HERRAMIENTA FLEXIBLE Y ADAPTABLE

De forma paralela al aumento de la protesta, hoy en día los grupos que la adoptan como táctica política son extremadamente diversos. La noción clásica de que la protesta es la estrategia de trabajadores, estudiantes y campesinos ya no corre en Chile. Consideremos cuatro ejemplos.

n 2

Información en:

<http://www.elciudadano.cl/2014/10/14/119-225/furia-contras-las-afps-para-que-los-jubilados-puedan-vivir-las-afps-deben-morir/>;
http://www.mercuriovalpo.cl/prontus4_noticias/site/artic/20110519/pags/20110519003401.html;
http://es.wikinews.org/wiki/Clientes_de_farmacias_protestan_con_tomates_y_huevos_por_fraude_de_precios

n 3

Ver <http://www.ahoranoticias.cl/deporte/garra-blanca-protesta-en-santiago-centro-contradirigencia-de-blanco-y-negro.html>; <http://www.lanacion.cl/noticias/lagarra-blanca-tambien-marcho-por-santiago/2011-10-22/141030.html>; <http://www.24horas.cl/deportes/futbol-nacional/colo-colo-hinchas-marchan-en-protesta-contrablanco-y-negro-874372>; <http://www.chilevision.cl/noticias/chvdeportes/futbol-nacional/hinchas-albos-protestaron-en-la-pintana-por-construccion-del-estadio-de-la-u/2015-01-12/154215.html>

1. En los últimos años han cobrado notoriedad las protestas por parte de agrupaciones de jubilados y montepiados.^{n 2} En 2009 protestaron lanzando huevos y tomates a farmacias luego de conocerse la colusión de precios de medicamentos por parte de las principales cadenas. Cobraron fuerza en 2011 –año en que presumiblemente se realizó la «primera marcha nacional» del grupo– buscando eliminar el 7 % de los descuentos de las pensiones para gastos de salud. Luego que esta demanda se convirtió en ley las nuevas protestas estuvieron dirigidas a las Administradoras de Fondos Previsionales (AFP), motivadas por el bajo monto de las jubilaciones y tasas de remplazo. Detrás de las demandas puntuales hay una crítica más general a las disparidades de poder y la desigualdad de ingresos (que, como veremos abajo, coincide parcialmente con las de otros movimientos sociales).
2. Desde 2011 se han venido sucediendo varias protestas por parte de la Garra Blanca, hinchada del equipo de fútbol Colo-Colo.^{n 3} En octubre de 2011 sus hinchas se reunieron en la Plaza Italia (en el centro de Santiago) para manifestar su descontento por prohibirse su ingreso al estadio de la Universidad Católica, ubicado en una zona residencial de la comuna de Las Condes. En marzo de 2012 unos 3.000 hinchas marcharon desde la estación de Metro Baquedano hasta la Avenida Grecia para protestar contra la orientación de la directiva del club (Blanco y Negro) y solicitando la remoción de un dirigente. Y en enero de 2015 varios hinchas se reunieron frente a la Municipalidad de La Pintana ante la inminente construcción, en esa comuna, de un estadio de un equipo rival (Universidad de Chile).

^{n 4}

Ver <http://www.emol.com/noticias/nacional/2013/05/04/596880/miles-de-personas-reune-la-marcha-de-los-enfermos-en-santiago.html>; <http://www.biobiochile.cl/2014/04/12/6-mil-personas-asisten-a-segunda-marcha-de-los-enfermos-en-santiago.shtml>

^{n 5}

<http://www.biobiochile.cl/2015/03/19/conformance-mujeres-se-manifiestan-en-contradel-aborto-afuera-de-la-moneda.shtml>; <http://www.soychile.cl/Santiago/Sociedad/2014/05/26/251586/Protesta-contrael-aborto-convoco-a-miles-de-personas-frente-a-La-Moneda.aspx>; <http://www.emol.com/noticias/nacional/2015/03/20/708869/mujeres-se-reunen-en-la-plaza-de-la-constitucion-para-manifestarse-en-rechazo-al-proyecto-de-ley-de-aborto.html>; <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/salud/protesta-contrael-aborto-reunio-a-2-500-personas-frente-a-la-moneda/2014-05-26/200831.html>

3. En 2013 y 2014 se llevaron a cabo sendas «marchas de los enfermos».^{n 4} Organizada inicialmente por el periodista Ricarte Soto, varias personas con enfermedades graves o crónicas, familiares y otros adherentes a la causa, marcharon por varias ciudades para demandar al Estado que garantice el acceso a bajo costo de medicamentos para esas enfermedades. La marcha de 2013 tuvo unos 6.000 asistentes; la de 2014, se estima, congregó a más de 10.000 personas. Un proyecto de ley que hace frente a esta demanda se encuentra actualmente (abril de 2015) en discusión en el congreso.
4. Desde 2014 se vienen llevando a cabo protestas ante el anuncio del gobierno de promover una ley de aborto terapéutico.^{n 5} Las protestas de mayo de 2014 –posterior al anuncio de la medida en el discurso presidencial del 21 de mayo– reunieron aproximadamente 2.500 personas. En marzo de 2015, ante el avance de los anuncios, varias mujeres se congregaron frente al Palacio de La Moneda, simulando con cajas blancas de zapatos los ataúdes de niños abortados. Por esos días se llevó a cabo una marcha en la que participaron unas 3.000 personas. La protesta fue apoyada por la fundación Chile Siempre y por varios parlamentarios de la UDI y Renovación Nacional.

Estos ejemplos sugieren al menos tres conclusiones. Primero, hoy en Chile la protesta está disponible para grupos con demandas puntuales: no requiere justificarse apelando a un amplio rango de demandas que afecten a varios grupos sociales. Segundo, con la parcial excepción de los jubilados y pensionistas, ninguno de los grupos considerados arriba plantea grandes transformaciones estructurales. Tercero, si bien la protesta nunca fue monopolio de algún grupo específico (cabe recordar por ejemplo las protestas de camioneros y clases altas durante la época de la Unidad Popular), los ejemplos sugieren que el campo de la protesta es considerablemente heterogéneo. Se trata de una «protesta modular» en el lenguaje de Tarrow (1994), una protesta flexible y adaptable a varios grupos y demandas.

A su vez, al convertirse en una táctica flexible y adaptable, la protesta se difunde en el tiempo y en el espacio, lo que ayuda a comprender por qué se observa un incremento reciente (tesis 1). Comprobar estadísticamente la difusión de la protesta es una tarea muy difícil que no puede realizarse aquí. Pero al menos cabe plantear la hipótesis de que cuando ciertos grupos salen a la calle –y en particular cuando esto les permite avanzar visiblemente en sus objetivos– otros grupos desconocidos menos habituados a protestar, los imitan. Por ejemplo, es imposible comprender las ocupaciones masivas de centros estudiantiles del 2011-2012, que escalaron en pocas semanas, sin considerar cómo las ocupaciones en centros «pioneros» fueron divulgadas a través de los medios de comunicación y las redes interpersonales a otros centros, que en consecuencia decidieron plegarse a la protesta. Cada centro que se plegaba a las ocupaciones disminuía los costos de protestar de los centros inactivos, llevando a aquellos más renuentes a sumarse y desencadenando cascadas de protesta. La difusión también puede operar entre movimientos distintos. Como muestra Ramírez (2013), la campaña estudiantil de 2011 fue disparada por las movilizaciones ambientalistas previas que se oponían al mega-proyecto energético HidroAysén en el sur del país.

Al afirmar que la protesta es flexible y adaptable no estoy diciendo que no requiera un enorme trabajo de esfuerzo, creatividad y agencia colectiva. Por supuesto que lo requiere, sobre todo de parte de grupos no acostumbrados a emplearla, que deben vencer los miedos de todo «primerizo», aprender mucho y cometer muchos errores sobre la marcha. Tampoco estoy diciendo que la protesta en Chile sea necesariamente una protesta puramente reactiva ante hechos consumados (aunque como veremos más adelante, a veces sí es el caso). Aunque a continuación sugiero que la protesta no necesariamente requiere una organización formal, cualquier campaña

de protesta que se sostenga mínimamente en el tiempo siempre requiere una dosis considerable de acumulación de recursos, planificación y esfuerzo.

Tesis 3

EL AUMENTO DE LA PROTESTA NO EQUIVALE A UN AUMENTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ORGANIZADOS

La literatura internacional ha mostrado hasta el cansancio que las protestas colectivas suelen emerger de contextos organizacionales densos (Kitts 2000 para una revisión). Cuando las personas se encuentran y comunican en organizaciones laborales, políticas, religiosas y comunitarias pueden reconocer intereses comunes, generar sentimientos de eficacia política y coordinar acciones colectivas. Esto sugiere que el reciente aumento de la protesta en Chile debería ir acompañado de un robustecimiento de las redes asociativas, y que entre quienes protestan deberíamos encontrar altos niveles de afiliación o pertenencia a organizaciones.

La evidencia de encuestas a la población general sugiere que esto no es así. Consideremos la Encuesta Mundial de Valores (wvs), que permite monitorear el nivel de afiliación de las personas a distintos tipos de organizaciones voluntarias desde 1996 en adelante (la última encuesta se aplicó en 2011). Como muestran las tablas 1 a 8, el porcentaje de personas participando en organizaciones, que ya era considerablemente bajo para estándares internacionales (Schofer y Fourcade-Gourinchas 2001), tendió a disminuir en los últimos años. Se producen bajas considerables en el porcentaje de personas ligadas (tanto de modo activo como inactivo) a organizaciones religiosas, artísticas y culturales, ambientalistas, profesionales y caritativas o humanitarias. Además, disminuye el porcentaje afiliado de modo inactivo a organizaciones deportivas o recreativas, sindicatos de trabajadores, partidos políticos y movimientos políticos. Si la protesta depende de la densidad organizacional, ¿cómo explicar que la protesta aumente pero la afiliación organizacional disminuya?

TABLA 1 Membresía en organizaciones religiosas
(Chile 1990-2011, WVS)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	41,10	0,00	56,90	61,40	27,96
MIEMBRO ACTIVO	0,00	30,30	0,00	20,60	15,50	11,65
MIEMBRO INACTIVO	0,00	28,60	0,00	22,50	23,10	13,02
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 2 Membresía en organizaciones deportivas
o recreativas (Chile 1990-2011, WVS)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	64,80	0,00	69,70	72,30	36,28
MIEMBRO ACTIVO	0,00	18,50	0,00	15,80	9,50	7,68
MIEMBRO INACTIVO	0,00	16,70	0,00	14,50	18,20	8,67
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 3 Membresía en organizaciones artísticas, musicales
o educativas (Chile 1990-2011, WVS)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	71,40	0,00	74,50	82,50	40,07
MIEMBRO ACTIVO	0,00	15,70	0,00	13,00	8,90	6,60
MIEMBRO INACTIVO	0,00	12,90	0,00	12,50	8,60	5,96
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 4 Membresía en sindicatos (Chile 1990-2011, WVS)

<i>Año de la encuesta</i>						
	1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	82,10	0,00	83,00	86,70	44,18
MIEMBRO ACTIVO	0,00	12,50	0,00	12,70	8,30	5,88
MIEMBRO INACTIVO	0,00	5,40	0,00	4,30	5,00	2,58
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 5 Membresía en partidos políticos (Chile 1990-2011, WVS)

<i>Año de la encuesta</i>						
	1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	84,40	0,00	86,10	90,40	45,77
MIEMBRO ACTIVO	0,00	12,80	0,00	11,90	7,90	5,72
MIEMBRO INACTIVO	0,00	2,80	0,00	2,00	1,70	1,14
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 6 Membresía en organizaciones ambientalistas (Chile 1990-2011, WVS)

<i>Año de la encuesta</i>						
	1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	82,30	0,00	87,10	91,70	45,81
MIEMBRO ACTIVO	0,00	13,90	0,00	11,30	6,70	5,60
MIEMBRO INACTIVO	0,00	3,80	0,00	1,60	1,60	1,23
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 7 Membresía en organizaciones profesionales
(Chile 1990-2011, WVS)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	81,90	0,00	84,90	91,40	45,30
MIEMBRO ACTIVO	0,00	11,10	0,00	11,20	7,30	5,19
MIEMBRO INACTIVO	0,00	7,00	0,00	3,90	1,30	2,14
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 8 Membresía en organizaciones caritativas
o humanitarias (Chile 1990-2011, WVS)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
MIEMBROS ACTIVOS E INACTIVOS NO ENCUESTADOS	100,00	0,00	100,00	0,00	0,00	47,37
NO ES MIEMBRO	0,00	79,00	0,00	78,00	86,70	42,75
MIEMBRO ACTIVO	0,00	12,90	0,00	13,40	7,50	5,93
MIEMBRO INACTIVO	0,00	8,10	0,00	8,60	5,80	3,95
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Adicionalmente, según la encuesta LAPOP (Latin American Public Opinion Project) del 2012 para Chile, dentro de aquellos que declararon haber participado en protestas durante los últimos 12 meses, la proporción que asiste con alguna frecuencia a reuniones en distintos tipos de organizaciones es bastante baja (tablas 9 a 15): 31 % para organizaciones de apoderados en escuelas o colegios, 30 % para organizaciones religiosas, 27 % para organizaciones de mujeres o amas de casa, 25 % para organizaciones comunitarias y deportivas o recreativas, 12 % para organizaciones de profesionales, productores o comerciantes y 8 % para partidos o movimientos políticos.

n 6

Esto no quiere decir que la participación en organizaciones no incentive la protesta individual. De hecho, quienes pertenecen a varios de estos tipos de organizaciones protestan más que quienes no lo hacen (datos de LAPOP 2012 disponibles bajo solicitud). Mi punto es otro: que una gran parte de la protesta actual no se enmarca en estructuras organizacionales formales.

En otras palabras, hoy en día la protesta colectiva parece ocurrir en gran medida por fuera de organizaciones o grupos formales.^{n 6} Esto contrasta con la aparentemente densa base organizacional que articulaba a los «viejos» conflictos previos al golpe militar –estructurados en torno a organizaciones profesionales, sindicales, gremiales o empresariales.

TABLA 9 Asistencia a reuniones en organizaciones religiosas según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de alguna organización religiosa?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	11,91	9,09	11,65
UNA O DOS VECES AL MES	14,38	4,90	13,51
UNA O DOS VECES AL AÑO	14,66	16,08	14,79
NUNCA	59,06	69,93	60,05
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 10 Asistencia a reuniones en organizaciones parentales según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de asociación de padres de familia de la escuela o colegio?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	2,12	1,40	2,05
UNA O DOS VECES AL MES	26,25	24,48	26,09
UNA O DOS VECES AL AÑO	3,60	5,59	3,78
NUNCA	68,03	68,53	68,08
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 11 Asistencia a reuniones en organizaciones comunitarias según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de un comité o junta de mejoras para la comunidad?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	1,48	2,11	1,54
UNA O DOS VECES AL MES	9,24	12,68	9,56
UNA O DOS VECES AL AÑO	9,39	10,56	9,49
NUNCA	79,89	74,65	79,41
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 12 Asistencia a reuniones en organizaciones profesionales y similares según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de una asociación de profesionales, comerciantes, productores?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	0,99	0,70	0,96
UNA O DOS VECES AL MES	2,61	4,90	2,82
UNA O DOS VECES AL AÑO	2,54	6,29	2,88
NUNCA	93,86	88,11	93,33
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 13 Asistencia a reuniones en partidos políticos según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de un partido o movimiento político?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	0,14	2,11	0,32
UNA O DOS VECES AL MES	0,56	2,11	0,71
UNA O DOS VECES AL AÑO	1,27	3,52	1,48
NUNCA	98,02	92,25	97,50
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 14 Asistencia a reuniones en organizaciones de mujeres o amas de casa según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de asociaciones o grupos de mujeres o amas de casa?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	2,79	16,67	3,98
UNA O DOS VECES AL MES	3,23	5,95	3,47
UNA O DOS VECES AL AÑO	1,45	4,76	1,73
NUNCA	92,53	72,62	90,83
TOTAL	100,00	100,00	100,00

TABLA 15 Asistencia a reuniones en organizaciones deportivas o recreativas según participación en protestas durante los últimos 12 meses (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Asiste a reuniones de grupos deportivos o recreativos?</i>	NO	SÍ	TOTAL
UNA VEZ A LA SEMANA	2,97	9,09	3,53
UNA O DOS VECES AL MES	5,58	11,19	6,09
UNA O DOS VECES AL AÑO	1,69	4,90	1,99
NUNCA	89,76	74,83	88,39
TOTAL	100,00	100,00	100,00

Quizás el caso que mejor ejemplifica esta situación es el de las recurrentes protestas en torno a las demoras y fallas del transporte público en Santiago. Se trata de congregaciones espontáneas de usuarios que no tienen mayores vínculos entre sí y que tienen grandes barreras para organizarse (debido a que las fallas son circunstanciales y a que tienen pocas cosas en común más allá del uso del transporte público). Pero la pérdida de relevancia de las organizaciones formales para articular la acción colectiva también puede observarse en otro tipo de conflictos. Por ejemplo, los conflictos regionales de los últimos años en localidades como Magallanes (2011) y Calama (2011-2012)

fueron liderados por «asambleas ciudadanas» que, si bien se nutrían de organizaciones preexistentes, también incorporaban a sectores no organizados de la comunidad. Incluso dentro del movimiento estudiantil, que tiene una clara articulación organizacional a nivel de escuelas, facultades, universidades (federaciones) y confederaciones, la participación en protestas está lejos de requerir una adhesión rutinaria a tales estructuras. Además, al menos desde las campañas de los estudiantes secundarios del 2006 (los «pingüinos») quedó clara la tendencia a reemplazar las tradicionales organizaciones jerárquicas por canales presumiblemente más horizontales basados en vócerías y asambleas, figuras que permiten la protesta en contextos poco estructurados.

Una de las diversas razones que contribuyen a explicar la expansión de la «protesta sin organizaciones» en Chile tiene que ver con la introducción de tecnologías de comunicación digital, desde mensajes de texto y páginas web hasta redes sociales como Facebook y Twitter. Estas tecnologías se expandieron notablemente en Chile en los últimos años como resultado de su abaratamiento. La literatura internacional ha señalado abundantemente que ellas permiten la coordinación de acciones colectivas multitudinarias sin necesidad de que sus participantes estén afiliados a organizaciones, se conozcan personalmente, o incluso que compartan una ideología o marco valorativo común (Bennett y Segerberg 2012). La importancia de las tecnologías digitales para la acción colectiva aparece reflejada en la investigación de Valenzuela *et al.* (2012). Ella muestra que entre los jóvenes chilenos (que tienen muy bajos niveles de afiliación organizacional), el consumo de Facebook se asocia a mayores chances de haber participado en protestas. Como se sabe, los jóvenes son particularmente diestros para manejar estas tecnologías, y no casualmente están muy sobrerrepresentados en las protestas de los últimos años.^{n 7} Todos estos elementos conspiran contra la centralidad de las organizaciones tradicionales como agentes

n 7

Así, según LAPOP 2012 el 22% de los jóvenes (18-29 años) protestaron en los 12 meses previos a la encuesta. Esta proporción baja sostenidamente entre los grupos mayores: 10% entre 30 y 44 años; 6% entre 45 y 64 años; y 2% de 65 años en adelante. Visto de otra manera, el 46% de quienes protestaron en ese período (excluyendo a los menores de edad, que no son encuestados) tienen menos de 30 años.

de movilización, y acentúan la importancia de otros canales de reclutamiento como internet, los medios masivos y los lazos sociales informales.

Tesis 4

EL AUMENTO DE LAS PROTESTAS NO PARECE LIGARSE A UNA CRECIENTE INSATISFACCIÓN MATERIAL, PERO LO MATERIAL SÍ JUEGA UN ROL EN MUCHAS PROTESTAS

¿Podrá explicarse el aumento de la protesta y la conflictividad por un aumento de la insatisfacción material o personal? Las explicaciones más intuitivas de la acción colectiva se basan en supuestos de este estilo, por lo que debemos considerarlas.

La Encuesta Mundial de Valores es posiblemente la única fuente disponible para mapear la evolución de algunos indicadores sobre descontento desde 1990 en adelante. Es importante ir lo más atrás posible en el tiempo para reconocer si eventuales cambios durante los últimos 5 ó 10 años son verdaderamente anómalos o si constituyen fluctuaciones habituales. El conjunto de indicadores que ofrece la EMV es limitado pero útil de todas maneras.

Comencemos con un indicador global de bienestar, a saber, la pregunta por la satisfacción del encuestado con su vida, medida en una escala que va de 1=insatisfecho a 10=satisfecho. ¿Podría atribuirse la protesta a una mayor insatisfacción general con la vida? La tabla 16 muestra que la mayor parte de las respuestas se concentran en los valores de 7 a 10. Los chilenos no parecen estar muy insatisfechos con sus vidas. Más aún, si bien a lo largo del período el porcentaje con valores «10» disminuye claramente, también aumentan los valores 7 y 8, y se mantiene más o menos constante el valor 9. La tabla 17, que muestra los promedios de satisfacción vital por año de la encuesta, confirma que, luego de una caída de 1990 a 1996 (de 7.6 a 6.9), los valores se mantienen entre 7.1 y 7.3 para el resto del período. Al menos a nivel agregado la satisfacción subjetiva promedio se ha mantenido estable y bastante alta. La explicación no parece ir por este lado.

TABLA 16 Satisfacción con la vida (Chile 1990-2011, WVS)

<i>Año de la encuesta</i>						
	1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
NO RESPONDE	0,00	0,00	0,00	0,50	1,20	0,30
NO SABE	0,27	0,30	0,58	0,30	0,00	0,30
INSATISFECHO	2,07	1,90	1,25	1,10	0,60	1,44
2	0,73	0,90	0,83	0,30	0,90	0,74
3	1,40	3,10	4,00	2,40	2,10	2,54
4	4,27	5,70	5,33	5,60	4,10	4,95
5	11,00	14,70	12,42	12,00	8,00	11,60
6	10,80	16,20	12,83	12,50	12,60	12,79
7	13,73	14,00	16,42	16,10	21,00	16,04
8	16,27	18,80	18,58	19,70	26,10	19,53
9	12,13	9,30	8,58	13,00	12,30	11,07
SATISFECHO	27,33	15,10	19,17	16,50	11,10	18,72
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 17 Promedio de satisfacción con la vida (en escala 1 a 10)
(Chile 2012, LAPOP)

AÑO	<i>media</i>
1990	7.554144
1996	6.91675
2000	7.119866
2006	7.243952
2011	7.269231

Veamos ahora un aspecto más específico, la satisfacción con la situación financiera del hogar, medida nuevamente de 1 a 10. Debemos considerar este aspecto porque, desde Marx en adelante, la miseria y la explotación material estarían a la base de muchos conflictos sociales. La información aparece en la tabla 18. Al igual que en el caso de la satisfacción subjetiva, si bien disminuye el porcentaje de los más satisfechos (valor 10), también disminuyen los más insatisfechos (valor 1), lo que sugiere cierta reducción de la desigualdad subjetiva respecto a la situación financiera del hogar. Pero lo que es quizás más importante para responder nuestra pregunta es que la satisfacción financiera promedio se ha mantenido estable desde 1990 a 2012, con un leve descenso en 2000 y 2006 y un posterior repunte (tabla 19). Parece difícil atribuir el aumento de los conflictos a un supuesto incremento en la insatisfacción con la situación económica de los hogares chilenos.

TABLA 18 Satisfacción con la situación financiera del hogar
(Chile 1990-2011, WVS)

		<i>Año de la encuesta</i>					
		1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
NO RESPONDE		0,00	0,00	0,00	0,50	0,20	0,12
NO SABE		0,87	0,10	0,42	0,20	0,10	0,39
INSATISFECHO		7,40	5,90	6,83	3,40	2,20	5,40
	2	2,47	2,00	4,58	4,20	1,70	3,00
	3	6,67	5,70	8,17	8,90	6,30	7,14
	4	9,00	9,50	10,08	14,80	11,70	10,81
	5	18,93	20,30	19,67	17,20	21,40	19,46
	6	13,73	16,00	14,50	11,50	15,20	14,16
	7	12,80	15,50	12,08	13,10	16,60	13,84
	8	13,00	13,00	10,33	12,50	14,10	12,54
	9	4,60	4,90	4,67	5,70	5,50	5,02
SATISFECHO		10,53	7,10	8,67	8,00	5,00	8,12
TOTAL		100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

TABLA 19 Satisfacción con la situación financiera del hogar
(Chile 1990-2011, WVS)

AÑO	media
1990	5.908541
1996	5.906907
2000	5.644351
2006	5.797583
2011	5.997994

La clase social con la que se identifican los encuestados provee otra forma de aproximarse al descontento material. Si las personas se identifican crecientemente con las clases más bajas, podría difundirse entre más y más chilenos sentimientos de vulnerabilidad y desventaja respecto al resto de la sociedad. La tabla 20 provee esta información (va desde 1996 a 2012 porque no hay datos para 1990). La auto-identificación con la clase baja cae fuertemente para 2012, mientras que aumenta la identificación con la clase media-baja y no se producen cambios mayores para las demás categorías. No hay un proceso de pauperización subjetiva.

Estos datos refieren a estados colectivos subjetivos. ¿Qué ocurre con los comportamientos de las personas en tanto consumidores? Tampoco hay indicios de una crisis material. A pesar de la desaceleración económica desde hace un par de años, el consumo no parece haber disminuido dramáticamente: los chilenos siguen comprando automóviles cero kilómetro, obteniendo tarjetas de crédito, comprando inmuebles y yendo al *mall*. No hay una rebelión de los consumidores contra los mercados. Utilizando el término de Albert Hirschman (1970), no hay «exit».

Las reflexiones presentadas arriba se basan en gruesas correlaciones temporales a nivel agregado entre protesta y satisfacción material. Pero a nivel individual, también es el caso que quienes más protestan son los más educados (Castillo

et al. 2015, Somma 2015), y en Chile como en todas partes, la educación se asocia positivamente a ingresos y bienestar material.

TABLA 20 Clase social subjetiva (Chile 1990-2011, wvs)

	<i>Año de la encuesta</i>					TOTAL
	1990	1996	2000	2006	2011	
NO ENCUESTADA	100,00	0,00	0,00	0,00	0,00	26,32
NO RESPONDE	0,00	0,00	0,00	0,80	0,30	0,19
NO SABE	0,00	2,50	0,17	0,40	0,20	0,58
CLASE ALTA	0,00	0,40	0,25	1,50	1,10	0,58
CLASE MEDIA ALTA	0,00	17,40	15,33	13,10	15,50	11,30
CLASE MEDIA BAJA	0,00	46,00	51,75	45,60	54,00	36,44
CLASE TRABAJADORA	0,00	22,90	22,17	25,40	23,60	17,28
CLASE BAJA	0,00	10,80	10,33	13,20	5,30	7,32
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

n 8

Agradezco este comentario a Darío Quiroga.

De todos modos, sería un error concluir de esto que los factores materiales no juegan rol alguno en la protesta.²⁸ Por ejemplo, las protestas de los últimos años en regiones extremas –Calama, Aysén, Magallanes– estuvieron en buena medida impulsadas por las carencias de infraestructura en educación, salud y vivienda que experimentan sus residentes dada su lejanía respecto a la capital en un país muy centralizado. La protesta estudiantil tiene un fuerte componente material –el alto costo de la educación y el endeudamiento. Lo mismo ocurre con las protestas de organizaciones de jubilados, los deudores habitacionales, y las múltiples protestas de grupos de trabajadores del sector público y privado por bajos salarios y malas condiciones laborales, protestas que muchas veces pasan desapercibidas pero que constituyen alrededor de un tercio del volumen total de la protesta en el país (Somma y Medel 2015). Asimismo, los aspectos materiales son obviamente centrales

n 9

De todos modos, no me sumo a la interpretación un tanto cínica –y común en la discusión pública– que invalida la seriedad o validez de los reclamos por el hecho de que ellos surjan en períodos de mejoras materiales –interpretación capturada en la expresión «se quejan de llenos».

entre quienes protestan por las demoras en la reconstrucción posterremoto del 27 de febrero de 2010, o entre los damnificados por aluviones e inundaciones que perdieron sus hogares.

¿Hay aquí una contradicción? No realmente, y la vieja teoría de la privación relativa (Gurr 1970) ofrece pistas para entender por qué. Aunque a lo largo del tiempo las personas y las comunidades puedan experimentar mejoras materiales evidentes, el propio proceso de desarrollo va generando nuevas aspiraciones que en ocasiones pueden aumentar a mayor ritmo que las mejoras objetivas, dando lugar a una brecha entre aspiraciones y realidad que produce frustración y protesta. La protesta por un mejor hospital solo puede surgir cuando ese hospital ya existe. La protesta por universidades que no lucren solo puede surgir cuando existen universidades (y los jóvenes pueden acceder a ellas). Si bien hay dimensiones de la sociedad chilena donde las condiciones objetivas pueden haber desmejorado –por ejemplo, a raíz de la contaminación en ciertas ciudades o comunidades, o a raíz de catástrofes naturales– el progreso material en modo alguno erradica el impulso para protestar –más bien lo puede acrecentar.^{n 9} Los chilenos pueden estar globalmente satisfechos con su situación económica, en particular al compararse con la generación de sus padres. Pero al mismo tiempo pueden desarrollar evaluaciones críticas en ciertas áreas particulares de su vida material que generen descontento y los impulsen a protestar.

Tesis 5

NO HAY UN PROCESO CRECIENTE DE DESPOLITIZACIÓN DIFUSA, PERO SÍ HAY UNA INTENSA DESPARTIDIZACIÓN DE LA POBLACIÓN GENERAL

Sigamos explorando otros ámbitos. La protesta es una actividad política y, según buena parte de la literatura en el tema, está fuertemente moldeada por lo que ocurre en el ámbito de la política institucional (partidos políticos, parlamento y autoridades oficiales). ¿Es posible que la mayor conflictividad de la última década refleje un creciente descontento con la

política institucional? Esta es, en definitiva, la principal hipótesis que circula actualmente en el debate público, pero es necesario precisarla.

Somma y Bargsted (2015) examinan la evolución de las actitudes y comportamientos políticos de los chilenos desde principios de los noventa en adelante (ver PNUD 2015 para un análisis mucho más extenso). Encuentran que, a pesar de la creciente abstención electoral durante todo este período, no hay una despolitización generalizada en la población. Por ejemplo, según la Encuesta Mundial de Valores, el porcentaje de la población que declara que la política es «algo o muy importante», o que tiene «mucho o algo» de interés en la política, ha sufrido escasas fluctuaciones entre 1990 y 2012 (más allá de una caída desde 1990, año comprensiblemente muy politizado por la transición a la democracia; p. 216, gráfico 2a y 2b). En el mismo sentido, las encuestas del Centro de Estudios Públicos muestran que aproximadamente entre 1995 y 2013 no ha habido mayores variaciones en el porcentaje de personas que ven política en tv, leen noticias políticas en los diarios, conversan sobre política con familiares y amigos e intentan convencer a otros sobre asuntos políticos (p. 216, gráfico 2d). Estos indicadores son importantes porque nos ilustran sobre aspectos más ocultos de la relación de las personas con la política en su vida cotidiana.

Lo que sí ha habido es una creciente desafección y desconfianza respecto a los partidos políticos en específico: caen unos 20 puntos porcentuales quienes mencionan que votarían a algún partido si las elecciones fueran el próximo domingo (consistente con la caída de la participación electoral real); caen más de 30 puntos porcentuales quienes confían «mucho» o «algo» en los partidos políticos; y caen unos 50 puntos porcentuales quienes se identifican con un partido político (p. 215, gráfico 1). Más que despolitización a secas –o pérdida de interés en la política en general– hay despartidización.

Esta combinación permite entender el relativo éxito de los movimientos sociales: canalizan la demanda de actividad motivada por la politización, pero lo hacen por fuera del marco de los partidos.

Tesis 6

LA DESAFECCIÓN CON LAS ÉLITES POLÍTICAS Y LA PROTESTA COLECTIVA SON DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

Los niveles agregados de protesta colectiva y desafección partidaria covarían en el tiempo, ambos aumentan. Pero eso no quiere decir necesariamente que quienes protestan sean más desafectos con los partidos políticos, y las élites políticas, más generalmente, que en Chile son básicamente asimilables a las élites partidarias. Si efectivamente quienes más protestan son aquellos más desafectos con la política institucional, entonces estaríamos ante una situación bastante sorprendente para la literatura internacional: varios estudios han encontrado que, generalmente, quienes protestan son más afectos al sistema político (ej. Norris 2002).

Es imposible zanjar esta cuestión en este artículo, pero un simple análisis bivariado de la encuesta LAPOP 2012 arroja algunas luces. Las figuras 3, 4 y 5 muestran las relaciones entre las chances de haber protestado en los 12 meses previos a la encuesta y tres variables que indican actitudes de apego hacia el sistema político: 1) confianza en las instituciones políticas (que incluye el parlamento, partidos políticos, presidente y elecciones); 2) la medida en que el encuestado cree que se debe «apoyar» al sistema político; y 3) grado de acuerdo con la frase «A los que gobiernan el país les interesa lo que piensa la gente como usted» (eficacia política externa según la literatura). Valores mayores indican mayor confianza y acuerdo.

En los tres casos la relación es negativa: quienes salen a las calles a protestar son quienes menos confían en las instituciones políticas, quienes menos creen que se debe apoyar al sistema político y quienes menos creen ser tenidos en cuenta

por los gobernantes. Existe una relación entre desafección y protesta no solo en términos de grandes tendencias agregadas a lo largo del tiempo, sino también a nivel individual.

¿Cómo explicar estas relaciones, bastante anómalas para la literatura internacional pero bastante intuitivas para el caso chileno? Una hipótesis es que la ciudadanía se cansó de la timidez de las reformas con que los gobiernos democráticos intentaron abordar los graves problemas de la sociedad de mercado impuesta por la dictadura de Pinochet. Pero no todos los activistas en Chile estarían de acuerdo con que tal timidez es pernicioso. Otra hipótesis es que la política institucional opera con una dinámica demasiado elitista y opaca para quienes prefieren la supuesta horizontalidad y transparencia de la movilización en las calles: ambos estilos de hacer política serían incompatibles. Esto último nos lleva a preguntarnos por las bases ideológicas de las movilizaciones.

FIGURA 3
Chances de haber protestado en los 12 meses previos a la encuesta según confianza en instituciones políticas (Chile 2012, LAPOP)

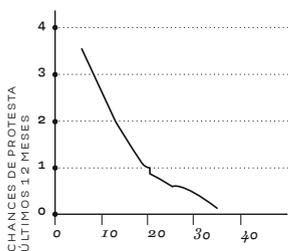


FIGURA 4
Chances de haber protestado en los 12 meses previos a la encuesta según grado de apoyo al sistema político (Chile 2012, LAPOP)

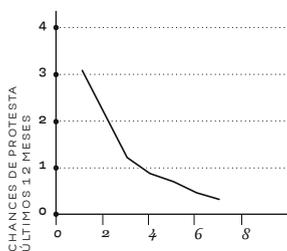
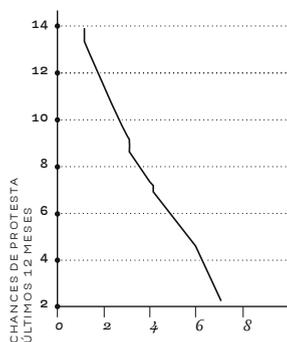


FIGURA 5
Chances de haber protestado en los 12 meses previos a la encuesta según acuerdo con frase «A los que gobiernan el país les interesa lo que piensa la gente como yo» (1=desacuerdo, 7=acuerdo) (Chile 2012, LAPOP)



Tesis 7
EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HA CUAJADO UN «MARCO MAESTRO» QUE DA CIERTA COHERENCIA IDEOLÓGICA A VARIOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Hay más protesta que antes, y ella parece estar asociada más a una crisis de confianza en las élites políticas que a una crisis material. Pero esto último no quiere decir que las condiciones materiales no importen, solo que se mezclan de modo muy complejo con formas de interpretar la realidad social y política. En concreto, desde 2011 en adelante parece haber cuajado un «marco maestro» que reinterpreta las condiciones materiales de vida en el país y orienta un conjunto diverso de acciones colectivas. Este marco maestro enfatiza problemas tales como la excesiva desigualdad económica, las consecuencias depredadoras de los mercados para el medio ambiente y social, y el abuso de los poderosos sobre el resto de la gente (Somma y Medel 2015) ¹¹⁰. Además, se culpa a las élites políticas democráticas por no haber realizado cambios sustanciales en dicho modelo, generado a partir de las reformas durante el régimen militar. Dicho marco de interpretación es fundamental para dar sentido y orientación a las acciones colectivas. Se expresa, de manera general, en demandas de cambio: por ejemplo, más de tres cuartas partes de los adultos chilenos consideran que es necesario realizar «cambios profundos» en el sistema de pensiones, el sistema previsional de salud y en el financiamiento de la educación (PNUD 2015:19). Pero además se expresa de modo específico en cada movimiento.

El movimiento estudiantil del 2011 contribuyó de modo fundamental a este marco. Logró ir más allá de las demandas estudiantiles concretas –como subsidios al transporte, la alimentación y la Prueba de Selección Universitaria– y montó una crítica profunda al modo de administración y financiamiento del sistema educativo secundario y terciario.

Contribuyó a desnudar el lucro ilícito de los propietarios de los colegios y universidades, mostró que las familias chilenas eran de las que más pagaban en el mundo por la educa-

n 10

La noción de «marcos maestros» proviene de la teoría de los marcos de acción colectiva (Snow *et al.* 1986, Benford y Snow 2000 para una revisión). Ella establece que, bajo ciertas coyunturas, cristalizan en una sociedad formas de interpretar la realidad y dar sentido a la acción colectiva (o «enmarcarla») que pueden animar a movimientos sociales con demandas bastante diferentes. El «marco maestro» opera como un paraguas amplio y flexible. Por ejemplo, el marco de los «derechos civiles» en los Estados Unidos no solo sirvió a la lucha afro-americana sino también a la de feministas, discapacitados y ecologistas.

ción de sus hijos (en relación a sus ingresos) e hizo patente que los problemas de endeudamiento y «cesantía ilustrada» no eran de naturaleza individual sino colectiva. Además, identificó a las élites políticas como los principales responsables de esa situación por no haber convertido una educación mercantilizada (originada durante la dictadura cívico-militar) en un derecho social. Esta atribución de responsabilidad ayuda a comprender las relaciones estadísticas entre desafección política y protesta, comentadas arriba.

Las preocupaciones específicas de las organizaciones ecologistas, si bien naturalmente difieren de las de los estudiantes, comparten el trasfondo de una crítica a la sociedad de mercado. Estas organizaciones señalan que la insuficiente regulación estatal para la explotación de los recursos naturales del país permite a las empresas enriquecerse sin preocuparse mayormente por el daño ecológico y las comunidades cercanas. Las consecuencias van desde la contaminación del aire y las aguas hasta la reducción de los bosques nativos por la tala de árboles indiscriminada, pasando por la extinción de especies animales y diversos problemas de salud para los humanos (Tironi 2014 para un estudio de caso de tipo etnográfico). Probablemente, la campaña ambientalista más influyente que operó durante los últimos años dentro de este «marco maestro» es la que puso en jaque al mega-proyecto de construcción de represas en el río Baker («HidroAysén»).

Las organizaciones mapuche también comparten este marco general. Si bien las demandas del pueblo mapuche son centenarias, la imposición de una sociedad de mercado en los setentas habría provisto nuevos impulsos para la movilización: mercantilización de tierras ancestrales, proyectos energéticos que amenazan el entorno natural y los estilos de vida, represión policial y criminalización de la protesta. Finalmente, en mayor o menor medida varios otros sectores de la sociedad civil organizada comparten aspectos de este marco común: los trabajadores enfrentados a la flexibilización laboral, los

deudores habitacionales que reclaman por créditos abusivos, o los jubilados enfrentados al enriquecimiento de las AFP a costa de sus ahorros previsionales. Hay un corto salto cognitivo desde el padecimiento de las desgracias particulares a la atribución de responsabilidad al modelo económico en general. En ese espacio común convergen y se reconocen las diversas víctimas del neoliberalismo. Consistente con esto, un estudio reciente de Castillo y otros (2015) basado en encuestas muestra que, controlando por varios factores socioeconómicos, políticos y demográficos, la participación en protestas es más frecuente entre quienes consideran que el Estado debería implementar políticas firmes para reducir la desigualdad.

La potencia movilizadora de este marco maestro obedece no solo a la clarividencia de los activistas, sino también a cambios culturales que se procesaron durante las últimas décadas en la sociedad chilena y que tornaron a este marco más verosímil. La expansión de sectores medios con mejores niveles de vida que sus padres (movilidad ascendente) generó expectativas (Valenzuela *et al.* 2008) que pudieron haberse visto bloqueadas dado el patrón de movilidad chileno, que como mostró Torche (2005) presenta fuertes barreras para alcanzar los niveles más altos de la estructura social. Sumado a la incapacidad de los gobiernos por reducir sustantivamente los niveles de desigualdad, esto puede explicar el aumento de las preferencias redistributivas que muestra la Encuesta Mundial de Valores. Así, el promedio de opiniones en una escala donde 1 = «los ingresos deberían hacerse más iguales» y 10 = «necesitamos mayores diferencias de ingreso» ha disminuido sistemáticamente desde 1990 (ver tabla 21), mostrando que los chilenos se han vuelto crecientemente sensibles a las diferencias de ingreso.

Finalmente, los chilenos parecen haberse vuelto más permeables al estilo de toma de decisiones que supuestamente opera dentro de los movimientos sociales y otros actores orientados al cambio (pero ver la clásica obra de Michels 1962

para no ilusionarse prematuramente). Por ejemplo, cuando se pregunta a las personas su valoración por distintos procedimientos para tomar decisiones políticas, las opciones vinculadas a plebiscitos, asambleas y deliberaciones colectivas son mucho más valoradas que las consultas a expertos y, fundamentalmente, que dejar las decisiones en manos de los gobernantes (PNUD 2015:20). ¿Quiere decir todo lo anterior que existe un clamor popular por realizar cambios radicales a toda costa en el sistema económico y social? Al menos por la vía electoral no es eso lo que se busca, como veremos a continuación.

TABLA 21 Promedio de preferencias sobre el nivel de igualdad
 1 = ingresos deberían ser más igualitarios,
 10 = deberían ser más desiguales
 (Chile 1990-2011, WVS)

AÑO	media
1990	6.000674
1996	5.205411
2000	4.021044
2006	4.782609
2011	3.501016

Tesis 8

TODOS ESTOS CAMBIOS NO SE EXPRESARON EN UNA REVOLUCIÓN EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

¿Cómo deberían impactar los fenómenos revisados arriba –un aumento de la protesta y de la desconfianza hacia las élites políticas, la cristalización de un marco de acción colectiva que enfatiza los problemas de la sociedad de mercado y una mayor sensibilidad hacia las desigualdades– en el comportamiento electoral de los chilenos? Hubo gran expectativa ante las elecciones nacionales de 2013 porque eran las primeras de tal envergadura posteriores a las movilizaciones de 2011 y 2012. Al menos en términos de la oferta de candidatos parecía haber existido un cambio. Para las primarias y la primera

n 11

Quien ya había sido candidato presidencial en 2009.

n 12

Datos tomados de http://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_C3%B3n_presidencial_de_Chile_de_2013#Nacional

n 13

Cabe aclarar que un análisis de las elecciones legislativas daría lugar a conclusiones un poco distintas dada la entrada de nuevos diputados procedentes de movimientos sociales (Jackson, Boric, Vallejo y Fuentes). También, las fuerzas políticas ajenas a las dos grandes coaliciones tienen un papel más importante en la política municipal. Por ejemplo, desde las últimas elecciones municipales (2012), el 17 % de los alcaldes no pertenece a ninguna de las dos grandes coaliciones, y la cifra aumenta al 21 % de los candidatos triunfantes para las elecciones de Consejeros Regionales de 2013. Movimientos regionalistas, independientes, ecologistas y el movimiento de Marco Enríquez-Ominami entre otros tienen una representación mayor en estas instancias que en el parlamento o el poder Ejecutivo. (http://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_municipales_de_Chile_de_2012; http://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_de_consejeros_regionales_de_Chile_de_2013).

vuelta presidencial emergieron varios candidatos provenientes del mundo de la sociedad civil organizada –Roxana Miranda, Alfredo Sfeir, Marcel Claude–. También aparecieron exconcertacionistas «díscolos» (Marco Enríquez-Ominami ^{n 11} y Andrés Velasco) u otros sin trayectoria política previa como Franco Parisi, cuya rapidez para atraer la atención de los medios solo fue superada por su incapacidad de permanecer en la escena política luego de las elecciones. Salvo representantes de la llamada «familia militar», en el menú electoral había para todos los gustos y estilos.

Pero los votantes eligieron nuevamente a los candidatos más conocidos, aquellos ligados orgánicamente a las dos grandes coaliciones que dominan la política chilena desde la vuelta a la democracia. Dentro de las primarias de la Nueva Mayoría, el candidato independiente Velasco obtuvo un 13 % de los votos –nada mal para ser su primer intento–, pero muy lejos de alterar el resultado esperado por todos, donde arrasó la actual presidenta Bachelet. Y en la primera vuelta, casi el 72 % de los votos fue a alguna de las dos candidatas de las grandes coaliciones (Bachelet y Matthei). La suma de los votos de los candidatos «activistas» (Sfeir, Claude y Miranda) solo alcanzó el 6.4 % del total. ^{n 12} ¿Cómo explicar la estabilidad electoral ^{n 13} dados los cambios considerables en los patrones de movilización y la opinión pública de los años anteriores? ¿Es que se magnificaron los deseos de cambio? ¿O es que hay obstáculos para conectar lo que pasa en la calle y lo que pasa en las urnas?

Tesis 9

LA EDAD PRODUCE UNA «DIVISIÓN DEL TRABAJO» ENTRE VOTANTES Y ACTIVISTAS QUE SUAVIZA EL IMPACTO ELECTORAL DE LAS MOVILIZACIONES SOCIALES

Hay razones «demográficas» bastante simples para entender por qué las movilizaciones en las calles no se tradujeron en un gran cambio en las urnas. El porcentaje de personas que protesta –y que, por ende, al calor de las movilizaciones,

podría haber decidido apoyar a candidatos no tradicionales en 2013— es muy bajo para generar un cambio electoral de magnitud. Según LAPOP 2012 (ver tabla 22) solo un 9.2 % de los encuestados participó en protestas o manifestaciones públicas en 12 meses previos a la encuesta. Por tanto, incluso cambios radicales en la conducta electoral de los activistas tendrían un efecto moderado en los resultados electorales a nivel agregado. Además, los activistas se encuentran subrepresentados en el electorado: solo un 7.4 % de los inscritos para votar protestaron en los últimos 12 meses (tabla 23; la encuesta se realizó antes de la reforma que reemplazó la inscripción voluntaria y el voto obligatorio por la inscripción automática y el voto voluntario). En otras palabras, los sectores de la sociedad que están disponibles para activarse en acciones colectivas se solapan poco con aquellos que suelen votar. El mercado de la protesta puede agitarse sin que ello reverbera demasiado en el mercado electoral.

TABLA 22 Participación en protestas en los últimos 12 meses
(Chile 2012, LAPOP)

	NO	SÍ	TOTAL
FRECUENCIA	1.420	90.85	90.85
PORCENTAJE	143	9.15	100,00

TABLA 23 Participación en protestas en los últimos 12 meses
según inscripción electoral (Chile 2012, LAPOP)

<i>¿Está usted inscrito para votar?</i>	NO	SÍ	TOTAL
sí	92.56	7.44	100.00
NO	85.30	14.70	100.00
EN TRÁMITE	100.00	0.00	100.00
TOTAL	90.95	9.05	100.00

n 14

El hecho de que el 70 % de la población adulta encuestada en 2013 por el PNUD reconozca haber conversado con otras personas sobre el conflicto estudiantil es consistente con este punto (PNUD 2015:18).

Por supuesto, la influencia de las movilizaciones en la conducta electoral puede ocurrir sin necesidad de que exista co-membresía entre activistas y electores. A través de campañas con fuerte presencia en los medios y las calles, el segmento de la sociedad que protesta mucho y vota poco podría haber influido en las formas de evaluar la política del resto, finalmente afectando su comportamiento electoral.^{n 14} Pero ello no ocurre automáticamente. ¿Qué está dificultando, entonces, la fluidez entre votantes y activistas?

La respuesta más evidente –no necesariamente la única– tiene que ver con la edad. Los votantes tienden a ser viejos; los manifestantes tienden a ser bastante jóvenes. La figura 6 (también basada en LAPOP 2012) muestra que a medida que aumenta la edad, aumentan dramáticamente las chances de estar inscrito en el registro electoral (Corvalán y Cox 2013 explican por qué y muestran la singularidad chilena en este sentido). A su vez, la figura 7 muestra que las chances de haber protestado aumentan sensiblemente cuando *baja* la edad.

FIGURA 6 Relación entre edad e inscripción electoral (Chile 2012, LAPOP)

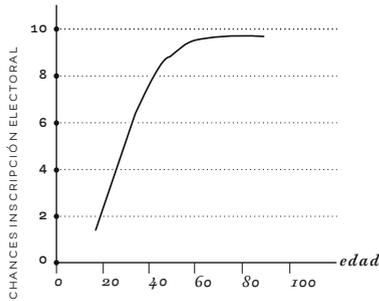
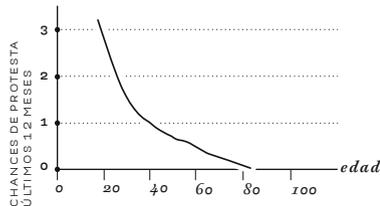


FIGURA 7 Relación entre edad protesta (Chile 2012, LAPOP)



n 15

No ingreso aquí en la discusión sobre si las diferencias observadas con LAPOP 2012 obedecen a efectos de edad (o ciclo de vida) o efectos generacionales (ver p. ej. Bargsted y Maldonado 2015). Ello requiere largas series de tiempo y análisis más complejos que los posibles en este artículo.

Esta «división del trabajo político», por la cual los jóvenes se inclinan a la protesta y los mayores al voto, podría eventualmente traducirse en un conflicto generacional.^{n 15} En las sociedades occidentales contemporáneas los conflictos entre grupos etarios son muy frecuentes a nivel cultural (expresados en contraculturas y estilos de vida juveniles que se rebelan contra el *statu quo* adulto) y dentro de las dinámicas familiares. Pero difícilmente cristalizan políticamente: con el paso del tiempo los jóvenes envejecen y pasan a parecerse más a sus padres, y la edad difícilmente cuaja en organizaciones sólidas con proyección política (a diferencia, por ejemplo, de organizaciones de carácter clasista, étnico o religioso). A ello se suma, en el caso chileno, que el posible conflicto etario es suavizado por las similitudes de estrato social entre votantes y manifestantes: los sectores con mayores recursos educativos y económicos están sobrerrepresentados tanto entre quienes protestan como entre quienes votan (Castillo y otros 2015; Somma 2015). En las clases medias y altas, los conflictos entre el joven manifestante y sus padres votantes siempre pueden moderarse al calor de la intimidad hogareña y las vacaciones en familia. La edad divide a los votantes y manifestantes durante el día, pero las similitudes de clase los unen cuando cae la noche.

Tesis 10

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES PUEDEN INFLUIR SOBRE LA AGENDA POLÍTICA SIN GENERAR NECESARIAMENTE UNA REVOLUCIÓN ELECTORAL

Pero las relaciones entre movimientos y política institucional no se agotan en lo dicho hasta el momento. Puede que los movimientos sociales no hayan producido una revolución electoral en la elección presidencial, pero sí generaron un fuerte impacto en la orientación de la política pública.^{n 16} Un ejemplo obvio es el del movimiento estudiantil (ver von Bulow y Bidegain 2015). Ya en el segundo semestre de 2011, al calor de un intenso invierno de protestas (por ponerlo literariamente),

n 16

Agradezco a Rodrigo Araya este comentario.

n 17

Esta afirmación sobre el impacto del movimiento estudiantil es intuitiva: Giugni (1998) entre otros ha advertido sobre lo difícil que es determinar con algo de rigor el impacto de un movimiento.

Sebastián Piñera impulsó varias medidas significativas de política educativa que no estaban en su programa de gobierno y que tampoco estaban dentro de las prioridades de sus aliados políticos o grupos de interés cercanos. Y las tres grandes reformas que Michelle Bachelet se propuso llevar adelante desde que comenzó su segundo gobierno en marzo de 2014 –reformas tributaria, educacional y constitucional– estaban directamente ligadas, en espíritu si no en su detalle, a las demandas del movimiento estudiantil de los tres años previos. Además, el Partido Comunista se sumó a la Concertación, formando una «Nueva Mayoría» con más espacio a la izquierda, y el presidente del PPD Jaime Quintana propuso en los primeros días del nuevo gobierno «pasar la retroexcavadora» para destruir los cimientos del modelo neoliberal, tan denostado por los movimientos sociales.

¿Cómo explicar este posible impacto? ^{n 17} Primero, la Nueva Mayoría salió fortalecida en las elecciones legislativas, dando a Bachelet espacio para proponer reformas que hubieran sido inviables en administraciones con un parlamento más paritario entre ambas coaliciones (y en este sentido los movimientos sí pueden haber hecho una contribución indirecta). Segundo, las movilizaciones imprimieron en varios segmentos de la sociedad chilena una épica y un sentido de proyecto colectivo que quizás no se daba desde fines de los ochentas. Esto pudo haber hecho vibrar en clave nostálgica, las fibras de una élite concertacionista bastante aburguesada y complacida, pero todavía con algún reflejo de idealismo juvenil.

De todos modos, para mediados de 2015 el elemento refundacional del gobierno de Bachelet parece haberse atascado en un pantano de escándalos de corrupción política, cambios de gabinete, desaceleración económica y oposición desde todas las trincheras posibles (profesores, empresarios, estudiantes y la derecha parlamentaria). No está claro cuánto del impulso de las movilizaciones quedará al final del día.

Tesis 11

BUENA PARTE DEL MALESTAR QUE NUTRE AL CONFLICTO EN CHILE ES ACUMULATIVO Y RUTINIZADO, Y NO PROVIENE DE UNA «DISRUPCIÓN DE LO COTIDIANO»

Para apreciar mejor la naturaleza de los conflictos en Chile es útil ponerlos en perspectiva comparada. Pensemos en lo que ocurrió en Argentina a fines del 2001. Ante la huida de capitales al extranjero el gobierno del presidente Fernando de la Rúa impuso límites a la extracción de dinero de las cuentas bancarias de los argentinos para evitar una crisis financiera (*corralito*). Esto impactó directamente a las clases trabajadoras y medias, con limitadas posibilidades de endeudarse vía tarjetas de crédito. Más de la mitad de los argentinos quedó súbitamente por debajo de la línea de la pobreza. La falta de comida motivó saqueos a supermercados y levantamientos espontáneos y violentos por todo el país. Producto de los enfrentamientos con la policía, treinta y tres personas murieron en diciembre de 2001. De la Rúa no tuvo más remedio que renunciar (Fernández-Anderson 2004).

Snow *et al.* (1998) caracterizan este tipo de situaciones con el término «disrupción de lo cotidiano». En ellas, las rutinas y los supuestos en que se enmarcan las interacciones sociales cotidianas se pulverizan abruptamente. Esto también ocurre, por ejemplo, cuando un tsunami o un volcán en erupción obliga a miles de personas a evacuar sus lugares de residencia ante un peligro inminente; cuando una pandilla se apropia de espacios públicos en barrios hasta el momento seguros; cuando los campesinos pasan hambre o temen pasarlo ante una mala cosecha; o cuando se difunde una investigación que confirma que las altas tasas de cáncer en una comunidad se deben a la contaminación ambiental generada por una fábrica cercana. La disrupción de lo cotidiano dispara un conjunto de emociones negativas –como temor, ansiedad, rabia e indignación. Sin mayores mediaciones, lleva a la acción colectiva –a veces descontrolada y caótica– a muchas personas que anteriormente se

encontraban pasivas y satisfechas. Esa acción suele ser reactiva o defensiva, se orienta a restaurar una condición previa que se perdió.

Voy a aventurar (pero no someter a prueba empírica directa) la siguiente hipótesis: una gran parte del malestar y descontento que alimenta las movilizaciones y conflictos de los últimos años en Chile *no* proviene de una disrupción de lo cotidiano. Más bien, se trata de un descontento que se acumula gradualmente como resultado de situaciones a las que las personas se encuentran más o menos habituadas: un pesado crédito estudiantil, una educación de mala calidad, un progresivo deterioro del medio ambiente, un sistema de salud caro, lento e ineficiente, tierras ancestrales que siguen en manos de quienes no son considerados sus legítimos propietarios, la persistente apropiación de la riqueza por unos pocos y los abusos de los poderosos, magros salarios a cambio de jornadas laborales completas, etc. Ese descontento es acumulativo, gradual, y hasta cierto punto rutinario, porque en parte se origina en una sociedad de mercado que no es nueva (ya lleva décadas de construida). Esa gradualidad es consistente con el progresivo desgaste de la confianza institucional y política visto arriba. En este contexto las acciones colectivas no se orientan a restaurar una situación recién desestabilizada, sino que intentan producir mejoras y avances sobre una situación que no es nueva. Ello no quiere decir que dichas situaciones no sean desagradables, dolorosas y que no produzcan emociones negativas. Y tampoco quiere decir que, en ese contexto, no existan sorpresas o noticias negativas que induzcan a la acción (ver siguiente tesis).

Si efectivamente existiera en Chile una «disrupción de lo cotidiano» a nivel masivo –como ocurrió en Argentina en 2001 o, por poner otro ejemplo, el Caracazo de 1989 en Venezuela– sería difícil entender cómo es posible que, como vimos arriba, los chilenos manifiesten desde la restauración democrática niveles de satisfacción subjetiva y económica

relativamente elevados y estables. Las interrupciones de lo cotidiano a nivel societal son fenómenos excepcionales. La desigualdad se mantuvo elevada en Chile y las condiciones de vida de muchos chilenos son indignas. Pero la pobreza extrema bajó, los niveles de consumo mejoraron, y hubo una movilidad absoluta intergeneracional que pudo ser percibida por mucha gente, todo ello en el marco de gobiernos estables. Dichas condiciones no son un seguro contra el descontento y la protesta (incluso, como sugerí arriba, pueden exacerbarlo). Pero sí son diques efectivos a la interrupción generalizada de lo cotidiano y a la masificación de tácticas violentas. El vandalismo de los «encapuchados» y los atentados terroristas que sacuden al país de vez en cuando (como los «bombazos» en estaciones de metro de Santiago en el segundo semestre del 2014) capturan la atención de los medios justamente porque son muy minoritarios dentro del universo de expresiones de descontento, que en su mayoría tienden a ser pacíficas y convencionales. Por ejemplo, según la base de eventos de protesta mencionada en la nota a pie 3, el 54 % de los eventos de protesta registrados en el país entre 2000 y 2012 exhiben tácticas pacíficas (como marchas, caravanas, actos públicos o recolección de firmas). Solo el 15,4 % de los eventos exhiben tácticas violentas (como incendios en el marco de las protestas, saqueos, violencia hacia carabineros o destrucción de propiedad pública y privada).

n 18

Ver <http://radio.uchile.cl/2012/05/19/vecinos-de-freirina-se-enfrentan-con-carabineros-en-protesta-por-empresa-agrosuper>; [http://www.latercera.com/noticia/nacional/2012/12/680-497121-9-vecinos-de-freirina-mantienen-toma-de-carretera-en-protesta-por-agrosuper-y.shtml](http://radio.uchile.cl/2012/05/14/huasco-levanta-movimiento-social-por-demandas-ambientales); <http://www.elqueliay-desierto.cl/noticia/sociedad/el-valle-del-huasco-continua-su-luch-a-contra-punta-del-alcalde-entre-morir-o-emigrar-el>

Tesis 12

SIN EMBARGO, SÍ HUBO DISRUPCIÓN DE LO COTIDIANO EN COMUNIDADES ESPECÍFICAS

Que la mayoría de la acción colectiva no esté alimentada por la interrupción de lo cotidiano no quiere decir que ese fenómeno no exista en Chile. En los últimos años han emergido varios conflictos, en particular a nivel de comunidades y localidades específicas, que sí parecen estar motivadas por ello.

Varios de estos conflictos emergen a raíz de la contaminación ambiental. Un ejemplo reciente es el del Movimiento

n 19

Ver <http://www.theclinic.cl/2015/02/11/caimanes-la-batalla-judicial-que-tiene-en-las-cuerdas-los-luksic/>;
<http://radio.uchile.cl/2015/01/30/caimanes-minera-los-pelambres-tiene-mas-poder-que-nuestro-propio-estado>

n 20

Ver <http://www.olca.cl/oca/chile/regionlo/cisnes152.htm>

Socioambiental Valle del Huasco,^{n 18} que en 2012 se levantó a raíz de la contaminación procedente de la planta faenadora de cerdos que tiene la empresa Agrosuper en la pequeña comunidad de Freirina. La provincia del Huasco (región III, donde se ubica Freirina), ha sido declarada «zona de latencia» por sus altos niveles de polución, que provienen no solo de la planta de cerdos sino también de varios proyectos productivos, mineros y energéticos. Lo que está en juego, en palabras de un vocero de la organización, es nada más ni nada menos que «nuestras vidas, nuestra historia y el futuro de nuestros hijos».

Otro ejemplo es el de la pequeña comunidad de Caimanes (2 mil habitantes, región IV),^{n 19} cuyo ecosistema viene siendo afectado desde hace más de una década por un enorme depósito de desechos tóxicos instalado a 8 kilómetros por la empresa minera Los Pelambres. Los vecinos protestaron recientemente no solo por la contaminación, sino porque la minera no cumplió con el fallo judicial que la obligaba a restablecer el curso natural del agua hacia la comunidad. Hay otros casos similares, como las protestas recientes por la posible instalación de una central hidroeléctrica en el río Maipo, o hace ya una década, por la instalación de una planta de celulosa en Valdivia,^{n 20} que entre otras cosas liquidó los cisnes de cuello negro y generó inmediatos trastornos de salud en sus habitantes. En todos estos casos se desestabiliza el entorno natural y social en que se desarrolla la vida de las comunidades. La reacción es la protesta.

Es importante tener en cuenta otra forma de disrupción de lo cotidiano –una no prevista por Snow *et al.* (1998)– que ocurre a raíz de las relaciones entre las comunidades afectadas y las empresas que se instalan en sus alrededores para explotar los recursos naturales. No es raro que estas empresas ofrezcan incentivos a las comunidades con el propósito de calmar la protesta e intentar compensar de algún modo los daños al entorno natural y social. Los incentivos pueden consistir en

n 21

Agradezco a
Ximena Abogabir este
comentario.

montos en dinero o la construcción de escuelas, centros de salud o espacios recreativos entre otros. En pequeñas comunidades con escasos recursos, ignoradas por el gobierno central y aisladas de grandes centros urbanos, es comprensible que parte de sus integrantes vean con buenos ojos estas ofertas y estén dispuestos a declinar la protesta. Otros no lo hacen. Esto genera divisiones y rivalidades dentro de la comunidad que también constituyen, a su modo, una disrupción del tejido social cotidiano y por tanto una alteración de los modos de vida.^{n 21}

La disrupción de lo cotidiano se da también en otras situaciones. Por ejemplo, si bien el descontento del pueblo mapuche es de larga data y es un elemento estable en la vida de varias generaciones, eventos puntuales –como las varias muertes de comuneros mapuche en enfrentamientos con carabineros que se producen de tanto en tanto– desestabilizan lo cotidiano y generan *shocks* emocionales que motivan la movilización. Lo mismo cabe afirmar de las organizaciones de derechos homosexuales y eventos tales como el asesinato brutal del joven Daniel Zamudio, aparentemente debido a su condición de homosexual.

En síntesis, el descontento «abstracto» que está detrás de los conflictos combina en dosis variables, por una parte, un descontento gradual, acumulativo y «estructural» que forma parte del cotidiano de las personas, y por la otra un descontento producto de la desestabilización de dicho cotidiano a raíz de eventos puntuales (como un anuncio gubernamental, una negativa de una empresa a rectificarse, la muerte de un activista, o un informe médico que confirma los daños a la salud producto de la contaminación).

Una hipótesis a considerar es que ambos tipos de descontento producen distintas emociones, distintos tipos de acción colectiva, y también conflictos con distintos horizontes de persistencia temporal. La disrupción de lo cotidiano suele generar profundas emociones negativas seguidas de protestas

n 22

Agradezco a
Rodrigo Márquez este
comentario.

disruptivas y espontáneas que disminuyen en el tiempo (por ejemplo, cuando se logra el objetivo puntual que la motivó). El descontento inserto en lo cotidiano da lugar a protestas más rutinizadas y coordinadas, pero por ello mismo más persistentes y eventualmente exitosas. Pero esto no es automático sino que requiere una articulación entre grupos diversos de la sociedad civil, cosa que en Chile es obstaculizada por varios factores, como veremos en la última tesis.

Adicionalmente, debemos considerar que existen muchas áreas de descontento latente que no se han manifestado en protestas o conflictos visibles (o lo han hecho tímidamente), y que podrían hacerlo en los próximos años con más fuerza. Cabe mencionar al respecto la situación de deudores de grandes tiendas, inmigrantes de países andinos, usuarios del sistema de salud, discapacitados, feministas, grupos conservadores en temas «valóricos» u organizaciones defensoras del consumo de cannabis.

Tesis 13

NO TODA PROTESTA REFLEJA DESCONTENTO: LAS «FUNCIONES LATENTES» DE LA PROTESTA Y LA CUESTIÓN GENERACIONAL

Pero no todo es descontento contra las autoridades. Así como los teóricos de movilización de recursos nos alertaron en los setentas que no siempre el descontento se traduce en protesta, también hay que considerar la posibilidad de que no toda protesta esté motivada por el descontento (ver PNUD 2015 para este mismo punto).^{n 22} La protesta cumple una serie de «funciones latentes», como diría el sociólogo norteamericano Robert K. Merton, más allá de sus funciones más explícitas de obtener un cambio político para un grupo social descontento. La protesta promueve un amplio abanico de gratificaciones emocionales y simbólicas vinculadas a la sociabilidad informal, el refuerzo de identidades colectivas, la participación en rituales y la expresión de ciertos principios morales (Goodwin y Polletta 2009). Sociedades de mercado como la chilena dejan

poco espacio para este tipo de expresiones y vivencias, no necesariamente porque las rechacen, sino porque muchas veces ellas entorpecen su lógica de funcionamiento. En particular para los jóvenes, bajo estas condiciones la protesta puede revelarse como un espacio privilegiado para abordar la vieja pulsión por la búsqueda del sentido vital.

La cuestión generacional es importante en tal respecto. Para buena parte de los jóvenes chilenos criados en familias de izquierda, los últimos años abrieron una oportunidad histórica para protestar y formar parte de un proyecto colectivo. Sus padres no tuvieron esa oportunidad: habiendo nacido, por poner el caso, en la segunda mitad de los cincuentas, les tocó convertirse en jóvenes durante los años más duros de la dictadura, en los que protestar contra el gobierno podía costar la vida. Los jóvenes manifestantes de hoy pueden redimir las frustraciones y privaciones políticas que sufrieron sus padres.^{n 23} Esa posibilidad, aunque no se haga plenamente consciente, es atractiva porque permite a los hijos devolver a sus padres un sentido de dignidad que no pudieron ejercer en su momento (o que lo ejercieron con un costo muy alto).

Esta «función latente de la protesta» –y otras que sería preciso investigar en mayor detalle– pueden impulsar las movilizaciones con independencia de si el gobierno ofrece mucho o poco, negocia o no negocia, cede o no cede. Eso puede explicar el desconcierto de las autoridades, que sea cual sea su color político suelen quejarse de que los manifestantes son «irracionales» o que tienen expectativas irrealistas o absurdas. Extremando las cosas, la protesta puede ser vista como una cáscara o tinglado armado para que discurran procesos que, en un sentido profundo y difícil de descifrar aún para sus participantes, sean mucho más invisibles y relevantes que aquellos más explícitos ligados a la política, las leyes y los beneficios tangibles.

n 23

Agradezco a Eugenio Tironi esta sugerencia.

Tesis 14

LA BAJA CONFIANZA GENERALIZADA EN LA SOCIEDAD CIVIL DIFICULTA LA ARTICULACIÓN ENTRE GRUPOS CON DEMANDAS DISTINTAS PERO EN TEORÍA COMPATIBLES

Aunque en el Chile reciente la protesta y la desafección con las élites políticas son altas, no hay un frente articulado de movimientos sociales (y grupos organizados de la sociedad civil en general) dotados de la cohesión y la proyección política suficientes para convertirse en una alternativa electoral viable (como lo hubo por ejemplo durante la transición democrática, o con el MAS boliviano de Evo Morales hace una década). Desde cierto punto de vista llama la atención que ello no haya ocurrido en Chile: existe un marco maestro común que podría unificar a varios grupos descontentos, y han aumentado notablemente los recursos que en teoría permiten crear alianzas transversales (educación, ingresos, tiempo libre, tecnologías, comunicación). Es cierto que algunos aspectos de la dinámica política desincentivan este resultado –como los altos requisitos para lograr representación parlamentaria producto del sistema electoral binominal, y el manto de duda que casi automáticamente se yergue sobre cualquiera que intente competir en elecciones a cargos públicos. Pero falta agregar un elemento: la baja confianza generalizada.

Para que grupos movilizados que trabajan en distintas demandas se articulen con vistas a un proyecto colectivo que trascienda sus respectivos intereses específicos es preciso crear el tipo de capital social que el cientista político estadounidense Robert Putnam llamó «bridging» (Putnam 2001). Eso requiere confianza más allá de los grupos de «lazos fuertes» conformados por aquellos que se parecen a uno mismo y comparten los ideales propios. Pero la confianza generalizada es baja en Chile, y además decreció en la última década. Según la Encuesta de Valores (tabla 24), mientras que entre 1990 y 2000 el porcentaje de chilenos adultos que confiaba en «la mayoría de la gente» fluctuaba entre el 21 % y el 22 % (un

n 24

Los datos pueden consultarse fácilmente en <http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>.

valor ya de por sí bajo comparado, incluso, con otros casos latinoamericanos), ^{n 24} el porcentaje bajó al 12 % para las mediciones en 2006 y 2012.

TABLA 24 Confianza generalizada (Chile 1990-2011, WVS)

		<i>Año de la encuesta</i>					
		1990	1996	2000	2006	2011	TOTAL
NO RESPONDE		0.00	0.00	0.00	0.80	1.90	0.47
NO SABE		2.80	2.30	2.58	0.80	1.00	2.00
SE PUEDE CONFIAR EN LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS		22.07	20.90	22.42	12.20	12.40	18.51
TODAS LAS PRECAUCIONES SON POCAS		75.13	76.80	75.00	86.20	84.70	79.02
TOTAL		100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

n 25

Por supuesto, como me alertó pertinentemente Manuel Tironi, las marchas más masivas suelen agrupar una amplia diversidad de demandas y organizaciones (como las estudiantiles por la Alameda de Santiago, las marchas del 1° de mayo, o las pasadas marchas contra el proyecto HidroAysén). Pero estos eventos son excepcionales dentro del universo nacional de protestas.

n 26

Todos los resultados, así como las aclaraciones metodológicas, están disponibles bajo solicitud. Aquí se omiten por razones de espacio.

La baja confianza interpersonal puede ayudar a entender por qué las protestas colectivas rara vez articulan organizaciones con distintas demandas. Por ejemplo, según la base de eventos de protesta ya mencionada, las protestas con más de una demanda explícita son solo un 8 %, lo que sugiere una baja capacidad para articular demandas diversas. Además, solo el 12 % de los eventos cuentan con la presencia de más de una organización, indicando una baja capacidad de articulación interorganizacional (aunque en algunos casos varias organizaciones pueden subsumirse dentro de una entidad paraguas más amplia, como es el caso de Patagonia Sin Represas). ^{n 25} Además, las correlaciones entre variables que indican la presencia o ausencia de organizaciones vinculadas a distintos movimientos (p. ej. indígena, laboral, ecologista, estudiantil, territorial y de derechos civiles) suelen ser o bien no significativas o bien significativas y negativas –lo que sugiere que organizaciones de distintos movimientos se «repelen» entre sí a la hora de coordinar una protesta.^{n 26} Aunque los activistas

n 27

Esta conclusión surge de decenas de entrevistas con líderes estudiantiles, mapuche y ecologistas llevadas a cabo en el marco del proyecto FONDECYT Iniciación a la Investigación 11121147.

frecuentemente refieren a los vínculos de cooperación con organizaciones dedicadas a causas distintas pero compatibles con las propias,^{n 27} a la hora de mostrar fuerza colectiva en las calles ello no parece ser lo más frecuente. Compartir un marco de acción colectiva no basta: son necesarios vínculos organizacionales, pero es difícil construirlos cuando la confianza generalizada y la afiliación organizacional no solo son bajas sino también decrecientes. Por ejemplo, si los habitantes de una localidad afectada por la contaminación de una industria cercana no participan en organizaciones sindicales, religiosas o culturales que trasciendan la localidad, hay pocas chances de que esa demanda resuene en otros espacios y se difunda. La capacidad de empatía y coordinación depende fuertemente de vínculos sociales y relaciones cara a cara –no basta con compartir una visión crítica al modelo de desarrollo y la clase política.

Tesis 15

LOS MÁS EDUCADOS ESTÁN SOBRERREPRESENTADOS EN LA PROTESTA COLECTIVA, LO QUE TRAE IMPLICANCIAS COMPLEJAS PARA LA NATURALEZA DE LAS DEMANDAS VEHICULIZADAS POR ESA VÍA

Hasta hace unos cincuenta años, antes de que se difundieran los estudios con encuestas a la población adulta a nivel nacional, el mundo de las ciencias sociales creía que quienes protestaban eran aquellos que tenían menos recursos (los más pobres, los menos educados, los de menor estatus ocupacional). Una serie de estudios internacionales (de los cuales uno de los más famosos fue Barnes y Kaase 1979) demostró, para varios países desarrollados, que pasaba lo opuesto: quienes más protestaban venían de los estratos más acomodados de la sociedad (estudiantes universitarios, clases medias, profesionales y otros grupos aventajados). Esto abría la posibilidad de que la protesta, lejos de «emparejar la cancha», estuviera dando más voz política a quienes ya la tenían a través de las otras formas de participación, como el voto o las donaciones

monetarias a políticos. Como plantearon Verba y otros (1995) hace dos décadas, la protesta podría reforzar las desigualdades políticas que supuestamente debía combatir.

¿Qué ocurre en Chile en relación a este debate? Un estudio reciente de Castillo y otros (2015) muestra que, controlando por varios factores, los individuos con mayores niveles educativos son más proclives a haber participado en protestas recientemente (incluyendo manifestaciones y bloqueos; ver también Somma 2015). Estos resultados se mantienen incluso al controlar por la edad, ideología política, interés en la política y percepciones sobre la desigualdad. En un contexto de expansión de la educación terciaria este resultado es interesante, porque sugiere que cada vez más podríamos tener en Chile una «masa crítica» dispuesta a protestar por causas diversas, hagan lo que hagan los gobiernos. Por supuesto, esto no significa que grupos con bajo nivel educativo no protesten: se trata solo de grandes tendencias macrosociales.

A su vez, el estudio de Castillo muestra que los ingresos no tienen una relación significativa con la protesta (controlando por otros factores). Este resultado negativo puede esconder fuerzas contrapuestas. Más ingresos significa, por lo general, más recursos y tiempo disponible para protestar. Pero también puede significar un mayor temor a situaciones que desestabilicen el *statu quo* y pongan en riesgo los privilegios personales (recordemos la aversión histórica de las clases altas al «caos social», salvo obviamente en tiempos de Allende).

La pregunta que se abre es en qué medida los más educados, sobrerrepresentados como están en la protesta, pueden «interpretar» y encauzar adecuadamente las demandas y necesidades de los menos educados. Recordemos que esto no es nada nuevo: desde los jacobinos franceses y Mao Tse-tung, hasta Fidel Castro y el subcomandante Marcos, los movimientos sociales y/o revolucionarios suelen estar encabezados por personas provenientes de las clases medias acomodadas y de los círculos intelectuales. Pero recordemos también que una de las

fallas más dramáticas para las guerrillas latinoamericanas de los sesenta y setentas fue su incapacidad para conectarse empáticamente con las masas campesinas e indígenas en cuyo nombre se suponía que luchaban. Esto abre, para el contexto chileno actual, algunas preguntas: ¿privilegian los grupos más educados sus intereses o algún supuesto interés colectivo? En caso de que su vocación vaya más allá de sus propios intereses, ¿son los más educados simples «correas de transmisión» de las demandas e intereses de los menos educados? ¿o implica el proceso de «traducción» de demandas una distorsión, intencional o no? ¿o en realidad no existe tal traducción sino que –para extremar las cosas– los grupos más educados «construyen» demandas que son imputadas a otros grupos, de modo comparable a cuando un investigador marxista descubre soberanamente los «intereses objetivos» de la clase trabajadora?

Conclusiones

Este informe presentó de manera muy sintética un conjunto de debates, datos e intuiciones sobre la protesta colectiva en Chile bajo el formato de quince tesis. Dichas tesis son deliberadamente presentadas como afirmaciones simples y contundentes. Con ello se pierde precisión y sutileza pero se ganan (o eso espero) enunciados firmes sobre los cuales debatir y cuestionar. Cada tesis podría eventualmente ampliarse y constituir un artículo en sí misma.

La actual coyuntura (invierno del 2015) abre un nuevo escenario difícil de predecir. Por un lado, en un contexto de desaceleración económica y aparente aumento del desempleo, el gobierno nacional está profundamente desprestigiado en la opinión pública, con serios problemas de coordinación interna y posibles escisiones de la coalición oficialista. Además, está condenado a reconocer que no podrá cumplir a cabalidad con su plan de gobierno. A eso se suman los escándalos de

corrupción vinculados al financiamiento de la política, que afectaron tanto a integrantes de partidos oficialistas como de la oposición. Esto puede marcar un quiebre, más dramático aún, en la imagen ciudadana sobre la élite política: no solo no se habrían cumplido demandas largamente postergadas, sino que además se habría incurrido en comportamientos ilegales y/o inmorales para beneficios personales y para obtener ventajas económicas en las campañas políticas.

A pesar de todo esto, definitivamente no se aprecia un momento alto del ciclo de movilizaciones sociales. Las movilizaciones del gremio de profesores no lograron involucrar masivamente a otros actores colectivos. El movimiento estudiantil parece estar consumido por la emergencia de conflictos particulares dentro de las distintas instituciones superiores y dividido entre los grupos de estudiantes que resultarían beneficiados y aquellos que resultarían excluidos de los planes de expansión de la gratuidad de la matrícula universitaria. El movimiento sindical aprecia la reforma laboral pero considera que es insuficiente y tiene incertidumbre sobre su real cumplimiento. Si aún bajo estas condiciones no se genera un ciclo de protestas notable, entonces quizás deberíamos concluir, recordando el 2011, que el único motor de la protesta masiva en el Chile de la posdictadura es un gobierno de derecha.

REFERENCIAS

- B** Bargsted, M. y L. Maldonado (2015). Social Change and Partisan Identification in Post Authoritarian Chile (manuscrito bajo revisión).
- Barnes, S. & Kaase, M. (1979). *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills, Calif: Sage Publications.
- Benford, R. D., & Snow, D. A. (2000). Framing processes and social movements: An overview and assessment. *Annual Review of Sociology*, 611-639.
- Bennett, W. L., & Segerberg, A. (2012). The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics. *Information, Communication & Society*, 75 (5), 739-768.
- C** Castillo, J., Joignant, A., Palacios, D., & Tham, M. (2015). Inequality, distributive justice and political participation. Por aparecer en *Bulletin of Latin American Research*.
- Corvalan, A., & Cox, P. (2013). Class-Biased Electoral Participation: The Youth Vote in Chile. *Latin American Politics and Society*, 55(3), 47-68.
- F** Fernández-Anderson, C. (2004). *The Emergence of New Politics in Argentina: December 2001 and the Neighborhood Assemblies* (MA Thesis in Political Science, University of Notre Dame).
- G** Giugni, M. G. (1998). Was it worth the effort? The outcomes and consequences of social movements. *Annual review of sociology*, 371-393.
- Goodwin, J., Jasper, J. M., & Polletta, F. (eds.). (2009). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. University of Chicago Press.
- Granovetter, M. S. (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 13601380.
- Gurr, T. R. (1970). *Why men rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- H** Hirschman, A. O. (1970). *Exit, voice, and loyalty: Responses to decline in firms, organizations, and States*. Harvard University Press.
- K** Kitts, J. A. (2000). Mobilizing in black boxes: Social networks and participation in social movement organizations. *Mobilization: An International Quarterly*, 5 (2), 241-257.
- M** Michels, R. (1962). *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies Of Modern Democracy*. New York: The Free Press.
- N** Norris, P. (2002). *Democratic phoenix: Reinventing political activism*. Cambridge University Press.
- P** PNUD (2015). *Desarrollo Humano en Chile. Los tiempos de la politización*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, Chile.
- Putnam, R. D. (2001). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon and Schuster.
- R** Ramírez, S. (2013). *Estructura de oportunidades políticas y emergencia de movimientos sociales en Chile. Patagonia sin represas y movimiento estudiantil*. Informe final de Taller de Titulación, Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

- s Schofer, E., & Fourcade-Gourinchas, M. (2001). The Structural Contexts of Civic Engagement: Voluntary Association Membership in Comparative Perspective. *American Sociological Review*, 806-828.
- Snow, D. A., Cress, D. M., Downey, L., & Jones, A. W. (1998). Disrupting The «quotidian»: Reconceptualizing the Relationship Between Breakdown and The Emergence of Collective Action. *Mobilization: An International Quarterly*, 3(1), 1-22.
- Snow, D. A., Rochford Jr, E. B., Worden, S. K., & Benford, R. D. (1986). Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation. *American Sociological Review*, 464-481.
- Somma, N. M. (2015). «Social Movements, Discontent and Protest in Chile». Capítulo preparado para el libro *The malaise in representation* (eds. Alfredo Joignant, Mauricio Morales y Claudio Fuentes).
- Somma, N. M. y M. Bargsted (2015). «La autonomización de la protesta en Chile». En *Socialización política y experiencia escolar: aportes para la formación ciudadana en Chile*, editado por Juan Carlos Castillo y Cristián Cox, Editorial del Centro de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile, 207-240.
- Somma, N. M. y R. Medel (2015). «Social Movements and Institutional Politics in Contemporary Chile». Capítulo en preparación para libro *Post-transition social movements in Chile: organization, trajectories, and consequences* (eds. Marisa von Bülow y Sofía Donoso).
- T Tarrow, S. (1994). *Power in movement: collective action, social movements and politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tironi, M. (2014). Hacia una política atmosférica: Químicos, afectos y cuidado en Puchuncaví. *Revista Pléyade* 14:165-189.
- Torche, F. (2005). Unequal but fluid: social mobility in Chile in comparative perspective. *American Sociological Review*, 70(3), 422-450.
- v Valenzuela, E., Schwartzman, S., Biehl, A., & Valenzuela, J. S. (2008). *Vínculos, creencias e ilusiones. La cohesión social de los latinoamericanos*. UQBAR Editores.
- Valenzuela, S., Arriagada, A., & Scherman, A. (2012). The Social Media Basis of Youth Protest Behavior: The Case of Chile. *Journal of Communication*, 62(2), 299-314.
- Verba, S., Schlozman, K. L., Brady, H. E., & Brady, H. E. (1995). *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics* (vol. 4). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- von Bülow, M. y G. Bidegain (2015). «It takes two to tango: students, political parties and protest in Chile (2005-2013)». Por aparecer en Almeida, Paul y Alien Cordero (orgs.), *Handbook of Social Movements in Latin America*, Springer.